

Espejo de gran niebla*

Con claras resonancias de poemarios anteriores pero con un lenguaje extremadamente depurado, los extensos e intensos poemas de *Espejo de gran niebla*, el último libro de Guillermo Carnero, parecen fluir (en consonancia con las innumerables imágenes acuáticas de las que se sirve el poeta) en versos acompañados que combinan endecasílabos y heptasílabos para dar cuenta de una travesía proustiana, un viaje incesante por la memoria, del que sólo se nos ofrecen las últimas imágenes vistas desde la fugacidad.

Los cinco poemas que componen el libro indagan, con la terquedad de una obsesión, en un fondo común en el que identidad y escritura se funden como lo anticipan los epígrafes de Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti y William Wordsworth. La memoria sensorial será, aquí, escritura evanescente cuyo significado no cesa de diseminarse: «rasgo leve», «leve diagrama». Levedad y evanescencia que hurtan al sujeto la respuesta y el sentido buscados, y sólo le devuelven signos de extrañeza, nunca el rostro, sino la máscara falaz desdibujada

por la niebla que empaña el espejo: «su evidencia mentirosa/de actor de cine mudo».

Es éste un libro de indagación, de búsqueda, de tanteos en ese «imán de la memoria» que parece, sólo por un momento, capaz de retener en sí todos «los instantes extinguidos» y las identidades dispersas para pasar a evaluarse inmediatamente como «realidad abolida», «memoria plana como un álbum», desprovista del espesor que confiere el tiempo de lo vivido. Paralelamente sujeto y realidad se deslíen, otra vez, como dibujos en el agua, humo, sombra, niebla, sueño, paréntesis, texto perdido en los márgenes, todo desaparece en fugaz despedida ante la mirada anhelante del sujeto. Porque el deseo de desbaratar las paradojas del tiempo, de restituir lo pasado y lo perdido se impone como desafío: el deseo de reconocerse en el espejo de la inocencia («Vámonos por el tiempo hasta el jardín/de cuando no sabíamos»), en el asombro primigenio generador de inspiración poética («sálvame de la noche porque escribo/sólo si me sorprenden las palabras»), en el estadio aquél en que palabra y realidad –así como autor y lector– se espejaban mutuamente («La certeza de ser ante la tierra/y ante el espejo del papel escrito»), en la materia resistente de los sueños y en el espejo del amor (leído también en clave shakespereana: «no amo menos porque parezca que amo menos»).

* Guillermo Carnero, *Espejo de gran niebla*. Barcelona: Tusquets, 2002, p. 57.

Decía al comenzar que el complejo simbólico que se asocia al motivo del «agua» (copia, reflejo, duplicación, posibilidades e imposibilidades de la representación) era aquí una constante, así como lo es en toda la obra poética del autor. Un poema como «Santa Maria della Salute» del libro *Variaciones y figuras sobre un tema de La Bruyère* (1974) nos advertía con un eco eliotiano: «Asegurad las cosas de la muerte por agua./Lo reflejado traiciona con su imagen,/las palabras reniegan de la carne y la piel/de las que son reflejo, con sus signos inertes». Por su parte, en el poema «Ostende», con que significativamente concluía *Ensayo de una teoría de la visión* (1977) leemos: «Desde el balcón/veo romper las olas una a una,/con masedumbre, sin pavor./Sin violencia ni gloria se acercan a morir/las líneas sucesivas que forman el poema». Finalmente, «Lección del agua» de *Divisibilidad indefinida* (1990) declara: «Puse sobre las aguas un espejo/con que hurtarme a la muerte en escritura/y retener la luz de la conciencia/pero la nada duplicó el reflejo/y el cristal añadió su veladura,/en doble fraude de la transparencia». La sistematicidad y extrema coherencia con que el discurso poético del autor reformula sus propias ideas e imágenes se ponen de manifiesto en el libro aquí comentado, cuyo título procede del *Libro de la vida*, aquella confesión espiritual de Santa Teresa.

En este texto, a diferencia de poemarios anteriores, las citas intertextuales –resaltadas por la bastardilla y citadas en su idioma original– son denunciadas en una «nota final» que nos permite recomponer un patrón de lecturas que incluye a los clásicos latinos (Ovidio), los místicos españoles (las paradojas preconceptistas de Santa Teresa pero también el San Juan de la Cruz de «La noche oscura del alma» que vislumbramos en el poema primero), el barroco europeo e hispanoamericano (Quevedo, Shakespeare, Sor Juana Inés de la Cruz), el dieciocho francés (Diderot) hasta llegar en nuestro siglo al modernismo y la vanguardia de la mano de Fernando Pessoa y Tristán Tzara.

Historizando su propia travesía escrituraria, el sujeto se afirma en una poética en la que los objetos se revisten una y otra vez con los ropajes de la cultura («pero el cuerpo volvía a su idea pintada/por Boucher, y la manzana/a la manzana de Cézanne»). Se apropia del peso inevitable de la tradición y, a pesar de lo que se declara en el verso inicial –«¿Por qué habría de hacerlo con palabras?»–, reincide en una búsqueda que no ha dejado de ser una reflexión sobre las posibilidades últimas del lenguaje. De aquí que la inclusión de esta serie literaria, precisamente en el poema que cierra el libro y que se titula «Ficción de la palabra», parezca insistir en el

hecho de «lanzar palabras contra el muro», porque como denuncia irónicamente el sujeto: «quizás al otro lado/alguien escuche el ruido./ En otro mundo habrá campos gloriosos/para jugarnos la palabra al tenis».

Marta Beatriz Ferrari

Juan Ramón Jiménez paseante por Madrid*

Poco a poco las ediciones de JRJ nos van adentrando en su inagotable obra en sucesión. *Libros de Madrid* (que contiene más de un centenar de textos inéditos) es el espléndido fruto del tercer estadio de las prosas de un poeta. En el camino hacia este nuevo jalón de su obra, tras los tanteos de las primeras prosas, hay que transitar por *Plate-ro y yo* y el ciclo de las *Elejías andaluzas* (1907-1916). Después del estudio ahora editado, el lector

sabe de *Españoles de tres mundos* (1942), conjunto de caricaturas líricas en las que JRJ salva para «el salón de su recuerdo» fragmentos de la España mejor de su tiempo, y de la prosa última (1936-1954).

El marco de las *Elejías andaluzas* sirvió para que JRJ se convenciese del ideario pedagógico de Giner de los Ríos con relación a la función educadora del arte y de la naturaleza, así como del «arte de saber ver» sobre el que tanto había laborado Manuel Bartolomé Cossío (a él va dedicado *Libros de Madrid*), en el sentido de ver lo perenne en medio de lo caduco y lo infinito en el ámbito de lo temporal. Estas dos enseñanzas y el magisterio de Ortega –estudiado con mano maestra por el profesor Blasco Pascual– nutren la génesis del libro que ahora se edita.

Las varias series de prosas reunidas en *Libros de Madrid* (1902-1926) –«Madrid posible e imposible», «Sanatorio del Retraído», «La Colina de los Chopos», «Soledades Madrileñas», «Figuraciones», «Disciplina y Oasis» y «Ascensión» (como apéndice)– están denominadas por un ambiente ideológico y sentimental que remite a la Institución Libre de Enseñanza y a los intelectuales que fraguaron en «La colina de los chopos» (una de las series del libro) la Residencia de Estudiantes, si bien la serie «Sanatorio del Retraído» es una amalgama de recuerdos de los dos años (1901-1903) que pasó en dicho Sanatorio,

* Juan Ramón Jiménez, *Libros en Madrid* (ed. J. L. López Bretones/Introd. A. Sánchez-Robayna). Madrid, *Hijos de Muley-Rubio*, 2001, 318 pp.